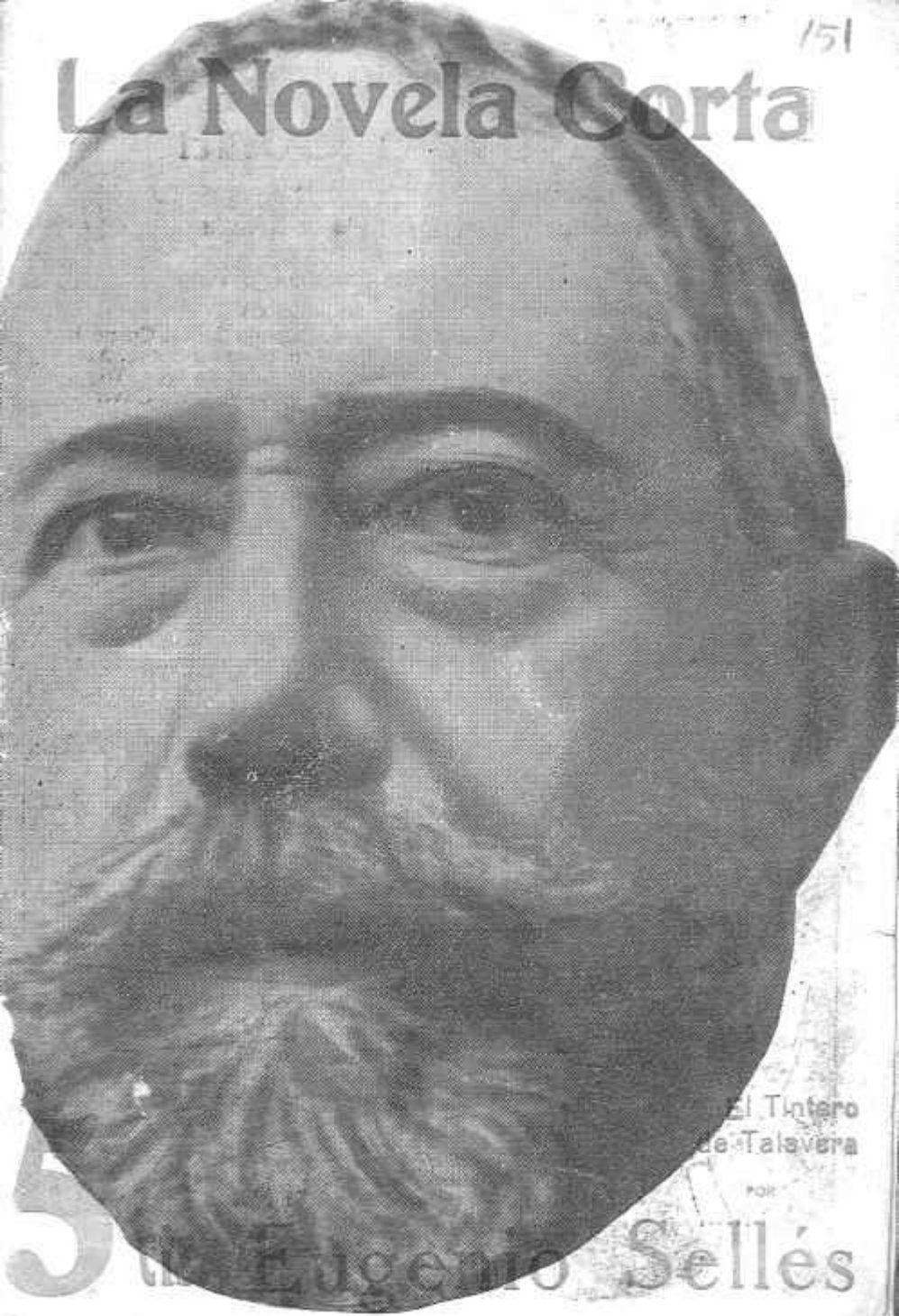
151

La Novela Corta



El Tintero
de Talavera

POR

Eugenio Sellés

Año I Madrid 23 de Diciembre de 1916 Núm. 51

La Novela Corta

REVISTA SEMANAL LITERARIA

Fundador y Director: José de Urquía

COLABORADORES ÚNICOS

LOS INSIGNES NOVELISTAS Y DRAMATURGOS

Galdós.-Benavente.-Pardo Bazán.-Octavio Picón.-Eugenio Sellés.-Guimerá. Valle Inclán.-Baroja.-Blasco Ibañez.-Alvarez Quintero.-Martínez Sierra.-Azorín.-Dicenta.-Linares Rivas.-Manuel Bueno.-Marquina.-Ricardo León.-Trigo. Rusiñol.-Pompeyo Gener.-Unamuno.-Salvador Rueda.-Federico Oliver.

LOS PERIODISTAS ILUSTRES

Gómez Carrillo.-Cávia.-Bonafoux.-Zamacois.-Cristóbal de Castro.-Parmeno. Zozaya.-Pérez Zúñiga.-Colombine.-Francés.

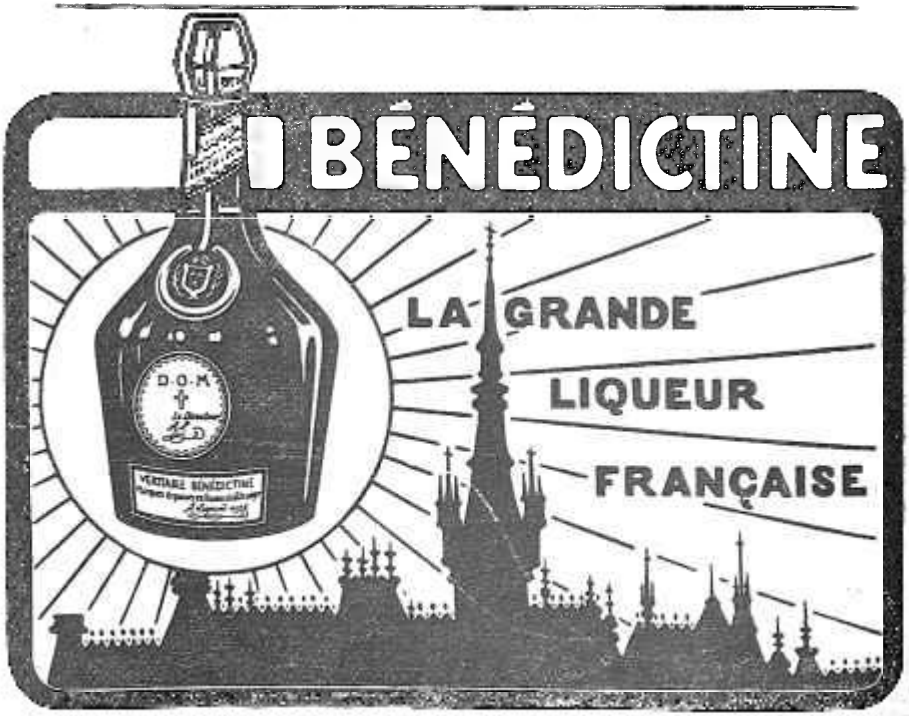
POETAS Y PROSISTAS AMERICANOS

Santos Chocano.-Leopoldo Lugones.-Amado Nervo.-José Rodó.-Vargas Vila.

Y LOS JÓVENES MAESTROS

Prudencio Iglesias.-Pedro de Répide.-Villaespesa.-Alberto Insúa.-Carrere. Hoyos Vinent.-Belda.-García Sanchiz.-Pérez Ayala.-San José.

Administración: Calvo Asensio, 3-Apartado 498-Tel. 5224-Madrid



1-E-603/51 R. 42.774

BIBLIOTECA · Granada · ANDALUCIA

LA NOVELA TEATRAL

Desde su fundación LA NOVELA CORTA ha consagrado por igual un fervoroso culto, tanto á la NOVELA como al TEATRO. Junto a las novelas **La dama de Urtubi**, de Pío Baroja; **Nada menos que todo un hombre**, de Unamuno; **La última fada**, de la Condesa de Pardo Bazán, y **Pluma al viento**, de Cristóbal de Castro, hemos publicado, entre otras comedias **Ser Simona**, de Galdós; **Juan José**, de Dicenta; **El alcázar de las perlas**, de Villaespesa; **Pepita Reyes**, de Alvarez Quintero, y **El ama de la casa**, de Martínez Sierra.

Para especializar más nuestra obra de divulgación literaria vamos a consagrar a cada uno de estos dos géneros—LA NOVELA y EL TEATRO—una revista diferente, complemento la una de la otra.

Si fuéramos unos vulgares editores nos limitaríamos a publicar obras de carácter festivo, muy estimables siempre; pero atentos a la dualidad del arte, junto al sainete y las humoradas del teatro cómico, simultáneamente publicaremos dramas y comedias imperecederas por su valor literario y emocional. Esta revista será otro apostolado.

LA NOVELA TEATRAL

pues, divulgará á un tiempo los sainetes de Arniches y los poemas escénicos de Rostand, D'Anunzio y Mæterlinck, los juguetes cómicos de García Alvarez, Paso y Abati, y las altas comedias de Bernardo Shaw, Bernstein y Bracco, Benavente, Martínez Sierra, Guimerá.

Nos enorgullecemos de nuestra obra cultural. Después de haber puesto al lector, en LA NOVELA CORTA, en contacto con los grandes novelistas vamos a conciliarle con los más esclarecidos dramaturgos en LA NOVELA TEATRAL.

COLABORADORES

Permanentes y seleccionados.

DRAMÁTICOS

GALDÓS.-BENAVENTE.-ECHEGARAY.-DICENTA.-LINARES RIVAS. MARTINEZ SIERRA.-ALVAREZ QUINTERO.-MARQUINA.-VILLAESPESA RUSIÑOL.-GUIMERÁ.-REPARÁZ.-OLIVER

EL SAINETE Y LA HUMORADA

ARNICHES.-PASO.-GARCÍA ALVAREZ.-ABATI.-RAMOS CARRION. VITAL AZA.-MUÑOZ SECA.-RICARDO DE LA VEGA.-LÓPEZ SILVA. ASENSIO MÁS.-CADENAS.-CASERO.-PERELLADA

JÓVENES AUTORES

TORRES DEL ÁLAMO Y ASENJO.-RAMOS MARTÍN.-PÉREZ FERNÁNDEZ ANTONIO DOMÍNGUEZ.-FELIPE SASSONE.-PARADAS Y JIMÉNEZ

CLÁSICOS

CALDERÓN.-LOPE DE VEGA.-MORETO.-LOPE DE RUEDA.-TIRSO DE MOLINA.-F. DE ROJAS.-SCHAKESPEARE.-RACINE.-CORNEILLE.-MOLIERE.-SCHILLER.-SQUILO.-SÓFOCLES.-EURÍPIDES.-ARISTÓFANES

OBRAS ADQUIRIDAS

(ENTRE OTRAS)

COMICAS

Genio y figura.-Trampa y cartón.-Pastor y Borrego.-Fúcar XXI.-La frescura de Lafuente.-Las Cacatúas.-Los chicos de Lacalle.-La sobrina del cura.-La gentuza.-La casa de Quirós.-El velón de Lucena.-El infierno.-Los perros de presa.-El tren rápido.-El gran tacaño.-El paraíso.-La divina providencia.-La mar salada.-López de Coria.-Las cosas de la vida.-Mi papá.-Gente menuda.-Alma de Dios.-El pobre Valbuena.-Las estrellas.-Noche de Reyes.-El santo de la Isidra, etc., etc.

DRAMATICAS

El Místico.-El Cardenal.-Los Semidioses.-Primavera en otoño.-Madame Pepita.-Mamá.-La sonrisa del [illegible]a.-Madrigal.-El señor Feudal.-Daniel. Aurora.-El Lobo.-Sobrevivirse.-Aben Humeya.-Judith, etc., etc.

EXCLUSIVAS

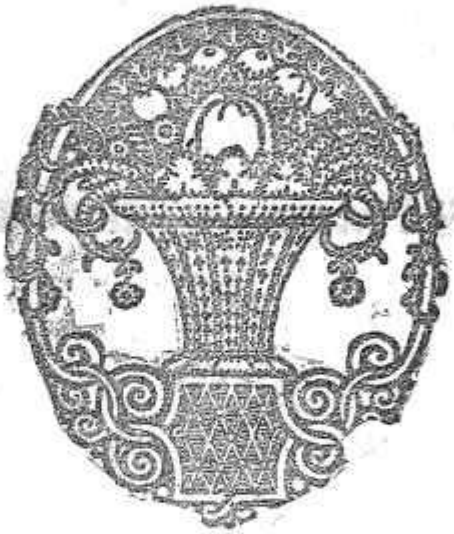
Contamos con la de los autores siguientes, para publicar las **mejores obras** de su repertorio:

Joaquín Dicenta.-Martínez Sierra.-Carlos Arnichea.-Villaespesa. Antonio Paso.-Joaquín Abatil.-García Alvarez.-Muñoz Seca.

También contamos con obras de

Galdós.-Echegaray.-Benavente.-Guimerá.-Álvarez Quintero.

El Tintero de Talavera



EL TINTERO DE TALAVERA

NOVELA INÉDITA

POR

EUGENIO SELLÉS

—Pídole por merced, señor huésped, que sea servido de mandar a la moza traer a este mi aposento alguna tinta con que remojar las tripas del tintero, que con el gasto de ella se quedó seco como meollo de poeta almidonado y de melindre.

—Si haré, señor amigo. Apréstate, Arguello, y sirve al se-

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista son bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

ñor Miguel en lo que pidiere, que no ha de posar en mi casa persona que se vaya de ella con queja del servicio ni quiebra de su voluntad.

—No haré, señor amo: que la postrera gota de tinta que en casa habrá, en su tintero se consumirá, y gastará más si la hubiere, pues aunque por la traza hidalgo, y por el porte soldado, parece por la pluma escribano del Corregimiento,

—De todo un poco. Hidalgo soy y me sobra el hi o me falta el algo conque sustentar la hidalguía, que con largas probanzas acreditó mi padre en ocasión desdichada. Soldado fuí, en la honrada profesión de las armas y en la más memorable campaña que viera la cristiandad; escribano soy, que escribano es quien escribe, así sea para la justicia como para la injusticia que con él ejecutan los cofrades de la deshonrosa profesión de las leiras.

Y venga pronto la tinta, y algún día sabréis lo que de ella y y de esta posada salió.

—Traeréle el tintero de la sala del rincón, que el caballero que en ella durmió, antes que tinta de escribano, necesita de tinta de barbero, según los afeites con que intenta encubrir la mano de blanqueo que la edad dió en sus cabellos y mostachos.

—Calla, Arguello, y no te metas en pelambre ajena, ni injuries a quien nos paga, que por culpas de tu lengua y por hablar mal a los viejos y harto bien a los mozos, me ahuyentas del mesón a la gente de paz.

De las tres personas que así platicaban eran, de una parte, un hidalgo, que tal mostraba serlo más por el talante que por lo deslucido de la ropilla. Vestía jubón oscuro coronado por

escarolada gorgüera, donde encajaba, como en marco de nieve, un rostro aguileño, de nariz corva, ojos alegres, cabello castaño, barbas de hebras blancas que se enredaban en los deshilachados canalones de la gorgüera, de suerte que a veces no se discernía si los hilachos pertenecían a la cara o los pelos a la gorgüera. Su cuerpo ni grande ni pequeño, y algo cargado de espaldas. Su edad entrada en años, y aún pasada más que por estrago de ellos, por los infortunios y trabajos de la vida.

Era el segundo un hombre de edad bien madura, de cuerpo regordete, maneras toscas, andar reposado y ojos vivos que, aunque miraban a la ganancia de su oficio de posadero, descubrían un alma franca y abierta a sentimientos más nobles que su plebeyo estado.

Y era la última una mujer como de cuarenta a cuarenta y cinco años, dientes por mitad postizos y cabello por todo ajeno, rostro jabelgado como mascarón de yeso, grande habladora de palabras que más querían incitar que incitaban, porque lo que llamaba la lascivia de los deseos lo repelía la fealdad de la cara.

Y el lugar donde los tres platicaban no era otro sino el patio, más grande de fama que de espacio, del Mesón del Sevillano, frontero al Arco y gradas de la Sangre de Cristo, en la sin par ciudad de Toledo, y allá por los días nublados de gloria del Rey nuestro Señor don Felipe el Tercero, ministrado por su Excelencia el omnipotente Señor Duque de Lerma.

—Señor posadero, si en vez de moza, y no puedo decir doncella, fuera mozo quien me hurtó el tintero, juro a Dios que pagaría caramente el atrevimiento. Válgale la saya, y es mucha valerie para hombre como yo, que tantas ha atropellado y atro-

pellará. Y uso ahora de tal respeto con ella, más que por la saya por el mal cuerpo que encubre, que la fealdad de las hembras aparta los ojos, y para las manos de los hombres, y muda en corteses a los osados y en respetuosos a los atropelladores.

Mande, pues, al punto que el tintero sea restituído a su propio lugar.

—Perdone el señor don Juan, pero yo y la moza pensamos que no había menester de la tinta por lo poco que la gasta.

—Peor verdad es ésta, y malaventurado de mí que en la sola ocasión en que la he menester, en esa me falta.

Era quien de esta manera hablaba, un caballero de buena ropa, no mala cara, y mejor compuesto que merecían sus años que no eran ya verdes aunque él pretendía verdecerlos con el aliño de la persona y los arrestos del ánimo.

En suma, viejo sin quererlo ser, y mozo sin poder serlo, presumido cuanto le consentían los espejos, arriscado cuanto no se lo vedaban los hombres y mujeriego cuanto se lo permitían las mujeres.

Asomábase ahora a la puerta de su aposento, donde entrara poco antes desde la calle, acompañado de una dueña con trazas de celestina, muy rebozada con el manto, no se sabe si por tapar la vejez o la vergüenza de la deshonesta obra que la traía. La cual obra se puso de manifiesto en la plática que dueña y caballero habían mantenido poco antes, y ahora se ve en este lugar saltando al curso de los sucesos.

—Juro por mi ánima, señor don Juan, que la mozuela es más recogida que la más recogida monja recoleta. Guárdala su tía

en un cigarral, donde no la ve varón que pueda agradarla, ni la trae a Toledo sino en fiestas de Semana Santa,

—Vila en Madrid cierta vez.

—Ciertamente, por no apartarla de sí ni un instante la llevó allá su tía esa vez por serle necesario ir en no sé cuál pretensión. Y Dios libre a vuestra merced y a mí hablarla de dineros. Tomáralo por agravio tal, que antes de ablandarla la encolerizaría para siempre. El presente de las arracadas y garganfilla sí que viene como de perlas para deslumbrarla. Ni las damas más nobles y honestas, y junto ahora ambas cualidades porque no siempre concierlan, desairan ni esquivan esos agasajos con que los galanes les declaran su fineza, y ellas hinchan su vanidad, sin ofensa del respectivo decoro.

¡Mire qué ricas preseas! ¡Qué aljofares, qué diamantes, qué engaste de oro puro! Valen hasta cuatro veces lo que vuestra merced va a pagarme por ellos. Son como para una infanta. Y de condesa o camarista procederán sin falencia, porque las merqué para el caso en la calle de Platerías, de Madrid, a Maese Antonio, platero que trata en lance de secreta necesidad con toda la grandeza de la Corte.

Los dineros que pido son: parte para los fieros guardianes que tienen como en jaula a mi paloma, y parte para el hostelero que ha de proveer la cena y el vino generoso con que se encenderá la cabeza de la niña, que si la tiene en juicio por nada ni nadie se dejará vencer.

Para que ande este negocio hay que menear más ruedas que las del artificio de Juanelo. Vuestra merced ignora cuán remontadas y codiciosas están hoy las malas gentes y las buenas

mozas toledanas. Desde que acaeció en esta misma posada el caso venturoso de la fregona Constancica, la fantasía se ha echado a volar, y quien tiene en casa moza de servicio o doncella encomendada sin padres conocidos, la guarda bajo siete llaves como letra de mercader judío, pagadera a día cierto. Dipútalan por hija de ilustres y muy honrados señores y de hermosa y muy deshonrada señora, y tienen pensamiento, ojos y oídos puestos en la calle, esperando ver apearse de su cabalgadura a otro don Diego de Carriazo, que llega en busca de su hija perdida para restituirla a su natural señorío y estado. Y no se sabe cuantas fatigas y promesas me ha costado persuadir a esos carceleros que mientras duerma la tía, que es un Argos de la moza, permitan a la moza venir conmigo esta noche.

Escriba, pues, señor don Juan, esa carta a la doncella haciéndole presente de las arracadas, que ha de agradecerlo con lo que más deseáis de ella. Y no será por la joya, sino por la mucha y decidida afición que la inclina a vuestra merced. Ella misma me lo ha declarado. Las mozas llevadas de imaginaciones gustan de ser requeridas y solicitadas de hombres de fama. Y la cuitada ha oído contar de don Juan de Rojas aventuras y venturas que dejaron renombre en Toledo, donde no hubo amante favorecido, pendenciero arrojado, ni rico dadivoso que se os pusiera delante ni aun os compitiera en aquellos años.

—Tenedlo por cierto, madre Dorotea—respondió el maduro galán ufanándose de la lisonja.

—Téngolo por tan cierto como si lo hubiere visto, bien que no lo ví, porque aunque yo asistía entonces en la casa de un mi

pariente, capellán de Talavera, hasta allá alcanzaron las voces de tamañas proezas.

Encima de ésto, el señor dé orden de disponer cabalgaduras. El cigarral donde mora la mocita está como a legua y media de Toledo. Ni ha de venir por su pie ni despacio, que si la alcanzan se malogra el suceso. En la mula del amo montará la moza para más honrarla como a cosa que ya pertenece a vuestra merced. Para mí y otra persona de quien he de valerme servirá la mula del criado, que, aun siendo mala, será buena para este menester.

—Señora Dorotea, no desopine nada que sea mío, aunque usen de ello mis criados. La mula es tal como la mejor de paso de prior Jerónimo.

—Pláceme que así sea, y gran servicio ha de hacernos. Y perdónenme el agravio vuestra merced y la mula.

Y en este punto fué donde volviendo al súyo el curso de los sucesos, don Juan de Rojas salió de su aposento al patio y demandó su tintero de la manera que allí se vió.

Venido el tintero, don Juan escribió la carta, firmó el recibo del hostelero, dió un bolso con ricos escudos a Dorotea y orden a su criado para entregar las mulas, se atusó presuntuosamente el bigote, y ufano y contento se tumbó a dormir de día sus dulcísimos ensueños lascivos, conjeturando que la noche había de ser de vigilia por abstención del sueño, bien que no de la carne.

* * *

—¿Hospédase acá cierto gentilhombre, que hombre lo es todavía y gentil lo fué ha veinte años y presúme de serlo otros veinte que le quedaran de vida?

—Debiera yo de preguntaros por su nombre.

—En verdad, se me fué de la memoria.

—Mas con las señas que dais, mejor que nombrarle le habéis pintado tan a lo vivo que nadie le trueque ni él pueda ser otro que don Juan de Rojas.

—Ese es cabalmente su nombre, y no se me había ido de la memoria como he fingido, sino que de intento lo he callado por si él gustaba de ocultarse cuando se aloja en posada que no corresponde con su calidad.

—No tiene por qué ocultarlo, que es su nombre ilustre entre los ilustres, ni tiene por qué avergonzarse de declararlo en este honrado mesón, donde se alojan personas de tanta calidad como la suya.

—Loado sea Dios que me hizo topar ya con quien busco sin descanso desde ha muchos días y en luengas jornadas por tierra de Toledo. ¡Y en qué lugar le encuentro! Imaginábale en las casas de los grandes señores, sus amigos de la mocedad.

—Nunca más tornó a ellas desde que por sus escándalos le echó de acá su ilustrísima el señor arzobispo, cuyo pariente es. Y en mi casa para sí el acaso le trae por acá.

—Dado que se confía de vos, importa que me comuníque con él.

—Le veréis tan luego como os apetezca, y entretanto os prevendré aposento donde descansaréis del viaje.

—Ni me veré con él, ni me aposentaréis, ni me detendré aquí una hora. Dios nos libre de ello a él, a mí y a vos si le queréis bien, porque nos sobrevendrían riesgos graves que sólo el secreto puede estorbar. Dadme, pues, recado de escribir, y luego le habéis de entregar mi carta, mientras yo, lejos de la posada, acudo a otras diligencias que importan al caso.

—Seréis servido al punto, y con el mismo tintero que no ha dos horas usó don Juan, ni hay otro provisto en la posada, y hoy anda de mano en mano porque a todos les picó a un tiempo la necesidad de escribir, y parece que la escasez cría las ganas cuando falta con qué satisfacerla.

—Pues pídaselo por merced, y tenga por cierto que ha de resultar mayor la que él reciba.

El huésped trajo el tintero, y con él y un pliego de mal papel, y ante una mesa de pino que por lo sucia parecía de ébano, se puso el recién llegado a escribir junto a una columna de las que sustentan el corredor del patio.

Sentóse junto a la puerta y a la mano derecha según se entra, siendo muy de notar que no dejaba de volver los ojos a la salida, como si esperase o temiera algo que viniera de la calle. Y a ella salió presuroso, no bien acabó de escribir su carta, la cual decía de esta manera:

«Estad prevenido, mi señor don Juan de Rojas, contra las malas asechanzas. Caballero de vuestro renombre no puede andar en secreto. Y aunque ocultéis la cara, no se le ha ocultado a la justicia el mal empeño que os trae a Toledo, puesto que para cumplirlo habéis tenido que fiarlo a terceras personas. Sábese que tratáis con ellas para perder y deshonrar a una doncella. La justicia la ampara y seréis preso antes de consumar la obra. Quiero pagaros favores que os debo. El alguacil que ronda esta posada es gran amigo mío y más del dinero. Su diligencia os persigue: vuestro dinero la parará. El que me entreguéis por mano del mesonero entregaré yo al alguacil por rescate del cautiverio que os amenaza. Y para fianza de mi verdad podéis encomendar al dicho posadero que me acompañe, y mande al alguacil prenderme si advirtiera en mí palabra de engaño ú obra de traición.»

Tales fianzas y pormenores persuadieron a don Juan de Ro-

las de la buena intención del desconocido y de la mala suerte que iba a malograr sus esperanzas amorosas.

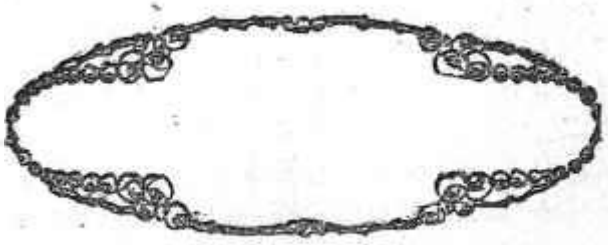
Y para confirmarlo, sucedió que a poco tiempo llegaron a la calle frontera un alguacil y dos corchetes que luego de mirar y remirar a la posada se repartieron por los alrededores. Quedóse un corchete apostado y como atalayando en las escaleras del Arco de la Sangre, desde donde no quitaba ojo de la puerta del mesón, mientras el alguacil, metiéndose mesón adentro, preguntó al posadero si hospedaba o escondía a un sujeto recién llegado de Madrid.

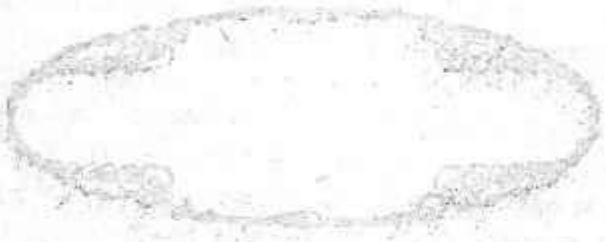
Y como el posadero negara el alguacil repuso: «Mire bien lo que hace, y le requiero en nombre del Rey nuestro Señor que diga verdad, so pena de galeras por encubrir a un delincuente perseguido de la justicia.

En oyéndolo don Juan, pues era, en efecto, recién llegado de Madrid, dió por muy cierta la carta, y hablando desde la sala al posadero, le dijo: «Respóndale que aguarde no lejos de aquí, en Zocodover, y tendrá o le será entregado lo que busca.»

Apartóse con esta razón el alguacil. Don Juan puso un recado al oído y un puñado de escudos en la mano del posadero; el posadero se dió a buscar por las calles vecinas, y cuando hubo vuelto habló con el desconocido, el desconocido habló con el alguacil, el alguacil habló con los corchetes; corchetes y alguacil se metieron en la posada aparentando que miraban, como quien busca y no encuentra; hicieron cortés reverencia a don Juan así que le vieron, tomaron escaleras arriba por el Arco de la Sangre y se alejaron Zocodover adelante, dejando el campo libre de todo acecho y cuidado.

Y el hombre desconocido se despidió del posadero con estas palabras: Ahora, honrado huésped, decid a don Juan de Rojas que puede entrar y salir y andar libremente por donde le pluguiera, pues está en Toledo mejor guardado que el mismo Corregidor.





Como a la hora del mediodía del que siguió a estos sucesos, hallábanse, orilla del río, dos hombres, sentados los cuerpos sobre las piedras y fijos los ojos en sendos papeles. Ambos leían con interés, pero con interés desemejante: el del uno, era interés angustioso; interés tranquilo el del otro. Luego de leer volvieron a la ciudad. Subía el uno por la Cuesta del Carmen, la mirada en el suelo y la cabeza baja, como si a él la inclinara la pesadumbre de sus pensamientos. Fué muy de notar que en llegando como a la mitad de la Cuesta, detuvo los pasos ante una casa vieja, se arrimó al zaguán y, pronunciando entre dientes palabras que unas veces parecían rezo y otras sollozo, se mesó el cabello y se mordió los bigotes con señales de des-

esperación, así como el día anterior se los atusara ufanamente en señal de deleitosa esperanza.

Caminaba el otro erguido, cuanto lo permitía la natural cargazón de su espalda, y con los ojos puestos en el cielo como si a él los elevara la noble satisfacción de sus pensamientos.

El cabizbajo siguió andando hasta la Catedral, donde entró por la puerta del Perdón, y, tal vez buscándolo en el sagrado lugar, se arrodilló tan devota y humildemente, que su pecho casi tocaba en las losas, regadas poco después con lágrimas abundantes.

El satisfecho entróse en cierto bodegón, donde le dieron de comer lo que pudo pagar, que fué poco.

Y fué también de notar que entre bocado y bocado, cuando el mascar le dejaba libre la lengua, pronunciaba regocijadamente los nombres de Constancica, Avendaño, Carriazo, Corregidor, posadero, fregona, Burgos, Sanlúcar y otros de calidad tan opuesta y lugares tan distantes, que quien le oyera le diputara por loco, bien que no por borracho, porque el escaso vino con que ayudaba a la escasa comida, no bastaba a turbarle los sentidos.

Es el caso que el libertino don Juan de Rojas, logrando su mal deseo, había pasado la noche en mezquina casucha de la antigua judería, donde tantas veces fué profanada por los infieles la santa religión de Cristo, y ahora le aguardaba para profanarla también la señora Dorotea, quien sigilosamente le introdujo en lo que el desatinado apetito fingía ser alcázar de amor, y era no muy limpio albergue de gente bellaca y de vida libre.

Allí, alrededor de una mesa prevenida para la cena, en un

rincón del patio, se hallaban tres mujeres, dos de ellas mozas una que había dejado de serlo lo menos treinta años atrás, y un hombre mal encarado y no bien vestido, que no era sino el que escribiera a don Juan en el Mesón del Sevillano.

Apenas entrado don Juan y como si a él solo se aguardase, comenzó la fiesta. El hombre templó la vihuela, la mujer incitó a las mozas, las mozas cantaron, bailóse la chacona con castañuelas, que repicaban como esquilón loco, y la zarabanda con coplas que picaban como guindillas, corrió el vino para hacer boca, y hecha la boca mascó la cena para hacer sed de nuevos tragos, con lo cual y la algazara y el calor del baile, subió en las cabezas la alegría a tan alto punto, que pronto cayó por su peso en desmayo, cansancio y silencio, postres consiguientes de toda comilona y borrachera.

Por necesidad de tomar el aire, o adrede, se fueron retirando a la calle vieja, mozas y hombre, quedando a solas en la casa y a la luz de mortecino candil, porque las candelas se habían consumido, el don Juan y una de las mozas más rendida que los otros a la borrachera, quizá por ser la menos acostumbrada a tales excesos.

Con saber esto y que la moza era la misma buscada por don Juan, sobra para presumir el fin de la fiesta.

No bien despuntó la aurora, cuando llegó a la casa una mujer ni nueva ni vieja, con vestido más viejo que nuevo, y con ella el más espantable descubrimiento que don Juan pudo imaginar como infeliz remate de su feliz aventura.

Encaróse la mujer con don Juan, y poniéndole ante los ojos

un papel y unas arracadas y gargantilla, le dijo afligida, y más que afligida iracunda:

—Mire el señor sin conciencia el grandísimo pecado que obraron estas falsas letras y estas más falsas joyas que encima de la traición, y para que sea cabal, ni estos diamantes son diamantes, ni este oro, oro, sino vidrio y azófar.

Por amor de Dios y de una mi hermana, tengo recogida bajo mi guarda, en el cigarral que me encomendaron mis señores, a una desventurada sobrina a quien el mal caballero ha burlado inicuamente.

Hurtáronmela anoche de allí con engaños y seducciones y acaso con hechizos, una bruja encorozada en Valladolid y un su sobrino, gran pícaro de la hampa, huído de las galeras de Su Majestad.

—Juroós, que no fui parte a ese hurto.

—¿Pues de quién sino de su merced son las mulas y los dineros que para ello sirvieron?

—Míos son: mas al pícaro no conozco y a la señora Dorotea conocí ha poco tiempo, la cual me certificó la niña venía acá de su voluntad y por la mucha afición que me tenía.

Cierto que hablé con la mocita, y que, prendado de ella, me trajo a Toledo la tal Dorotea, ofreciéndome su tercería en el caso. Mas protesto ante Dios que no he querido ni ejercitado violencia ni engaño en la doncella o lo que ya fuere. Y protesto asimismo que han de pagar caramente su maldad los que la hicieron y he de ayudaros a perseguirlos por justicia.

—Trabajosa faena se echa encima don Juan de Rojas, pues los malhechores están ya a salvo de la justicia, y tan lejos y

tan delanteros que no ha de alcanzarlos por priesa que se dé, que con más priesa andan las dos mulas vuestras en que cabalgában esta madrugada por delante de mi cigarral, camino de Extremadura.

Mas aunque a ellos no alcance la justicia del Rey, al señor don Juan ha de alcanzar la del Dios, castigándole e hiriéndole en su cruel corazón. Porque después de haberle manifestado todo el mal que hizo a sabiendas, quiero manifestarle el que se hizo a sí propio sin saberlo. He conocido a don Juan por la letra, esta misma letra con que engañó a mi hermana, a quien Dios haya perdonado culpas que fueron más que suyas de falaz enamorado.

¡Cuántas veces y con cuanto duelo aquella desventurada me mostró las cartas de vuestra merced que tan poca tuvo para su inocencia.

Guardólas ella y las guardo yo como memoria y testimonio de su desdicha.

Escuchóla don Juan atónito y cada vez más espantado según iba penetrando el pavoroso misterio que tales palabras descubrían.

Quisiera preguntar cosas que no se atrevía a preguntar, temeroso de oirlas.

—Más, decidme—preguntó con voz cortada—¿de qué hermana habláis? ¿Cuya es esa hija, vuestra sobrina?

—A mi hermana conocísteis más de lo que a su honra conviniera, y no es otra sino la triste Lucinda que moraba ha veinte años en la Cuesta del Carmen. Su hija es ésta de su mismo nombre a quien acabáis de conocer tanto como a su madre.

—Más, bien que fuere hija de aquella Lucinda, lo será del marido de ésta, si casó después.

—No casó nunca, aunque mucho se lo prometiera quien debió darle mano de esposo por haberle dado beso de amante.

Don Juan intentó rebuscar luz de esperanza en el lóbrego misterio de su vida pasada y su horror presente y repuso:

—Pero Lucinda, siendo hermosa, hubo sin duda de tener otros cortejos.

—¡Quiere pensar don Juan, para sosiego de la conturbada conciencia, que Lucinda no es su hija! ¡Y no halló modo mejor que el de infamar a una muerta! ¡Y va ahora a quitarle la poca honra que le dejó en vida mal caballero! No tuvo mi Lucinda tales cortejos, que al primero y único vivió fiel en sus últimos diez y ocho años, con el fruto y en el abandono de su amante.

—Entonces...

—Entonces y ahora ésta fué la hija de mi hermana; quién fué su padre y qué ha hecho de ella y en ella, piénselo vuestra merced.

Abrasada el alma y quemadas las carnes con el horror del suceso don Juan tomó la carta: mordióla, como si quisiera morder en ella su propio delito, y asustado y como demente salió a la calle, pasando por el zaguán donde yacía Lucinda o dormida por la borrachera o desmayada por el susto.

Sin osar a mirarla, apresuró los pasos encaminándolos a la ribera del Tajo, con propósito de ahogar en sus aguas su vida y su pena.

La misma fuerza del remordimento le decidió a suspender la ejecución, pues pensó que viviendo podía, si no redimir la

cúlpa, a lo menos reparar el daño en la forma que se verá andando esta historia, la cual se cierra y recapitula de la manera siguiente: don Juan de Rojas, acabadas sus oraciones, salió de la Catedral, y en llegando a la posada topó en el patio con un escribano, un alguacil y dos corchetes del Corregimiento, con que entró recelando que venían a prenderle, porque cuando la propia conciencia ve en sí mancha, imagina que todos la miran y descubren. Y turbados semblante y voz, preguntó qué les traía a la posada.

—Traemos cierto desalmado, y por la sangre del Cristo que da nombre a ese arco, que ha de pagar caramente su cúlpa. ¿Y vuestra merced sabe algo de ello?

Su mismo temor hubiera acusado a don Juan si no le aquietaran las reverencias sumisas con que escribano y alguacil le acataban.

—Y como conocemos al señor don Juan de Rojas, de su merced esperamos que dé favor al Rey contra ese pícaro que ha burlado a la justicia.

—He de servirla en lo que me mandare.

—Como cúmple a tan noble y honestísimo caballero.

Amargó a don Juan, en lugar de placerle la lisonja, viendo cuán errados andan en el mundo los juicios de los hombres y de su justicia.

Los ministriles contaron seguidamente cómo un gran pícaro, llegado de Madrid, había ayer cohechado con muchos dineros al alguacil que lo persiguió, logrando así que le dejara libre, y cómo noticioso de ello el Corregidor les había enco-

mendado la prisión, asistidos del escribano por no tener otro de quien fiar entre todos los oficiales del Corregimiento.

Entendió prontamente don Juan que el cohecho se refería al pícaro que le escribió la carta, y qué empleo diera éste a los dineros que le sacó so color de salvarle, y fué el de sacar su ánima del purgatorio en que justicias y mayores le tenían. Y componiendo este relato con el de la tía de Lucinda, entendió también el paradero de sus mulas y otras cosas que se guardó de descubrir, dando todo por bien perdido con tal de no descubrirse y perderse a sí propio.

Y en aquel mismo punto, y con dos mulas que alquiló para él y su criado, dió la vuelta a Madrid, donde se apresuró a poner por obra el súbito piadoso pensamiento a que debió la vida. Otorgó, pues, conforme a ley, escritura en que dotaba en la mejor parte de su hacienda a Lucinda, reservándose para sí lo puramente preciso para sustento de su mala persona, condenada a soledad y remordimiento por el trance que dió remate y castigo a su vida de galanteador y libertino.

Lucinda nunca llegó a saber quién fué su padre, ni por qué ni por dónde le vino aquella inesperada dote.

Respecto del pícaro, se colije por cuál camino averiguó el designio que don Juan de Rojas traía a Toledo, y enterado por su tía, aprovechó la noticia en su propio beneficio. Con lo cual y con las mulas y los dineros estafados a don Juan, sobrino y tía tomaron el curso del Tajo hasta desembocar con él en la ciudad de Lisboa. En su puerto embarcaron para Indias, sumidero común de los de su ralea, quienes acá están a dos dedos

de la horca y allí resúcitan y se ponen con sus riquezas á siete codos sobre los hombres de limpia casta y vida.

Del suceso de don Juan de Rojas y su hija no se traslució nada en Toledo. Tapólo su misma monstruosidad, encerrándolo en los pechos que lo padecieron y en las bocas que pudieran contarlo.

Ni lo barruntó el hidalgo pobre que en la posada escribía, con saber de tantas y tan peregrinas historias, que si él lo supiera lo novelara ejemplarmente y con arte y primor tales que quedara a perpetuidad en el mundo, como esculpido en imperecederos bronces.

Però el lector curioso si es curioso, lo estará ya por saber a cuento de qué cae en el presente el Tintero de Talavera y en qué concuerda este título con los sucesos narrados.

Pues el tal curioso habrá echado de ver cómo las tres personas, nuestros héroes principales, usaron de la misma tinta que les sirvió el posadero en aquella pieza de loza talaverana, fuente de los varios sucesos de esta historia.

Y si el tal, sobre curioso fuere avisado, y debe de serlo, porque la curiosidad es principio de sabiduría, habrá pensado cuán diversos y aun contrarios caminos siguen cosas que salieron de un solo punto y origen. La misma tinta formó las letras con que un viejo libertino trazó la seducción de su propia hija; las letras

con que un pícaro estafó dineros para escapar de la justicia; y las letras con que una musa soberana escribió «La ilustre Fregona». Del mismo tintero de Talavera salieron un incesto monstruoso que condenó a dolor perpetuo el alma de un padre, un fraude que salvó de galeras perpetuas a un hampón y un libro áureo que iluminó con gloria perpetua el antes olvidado Mesón del Sevillano.

Así la misma pieza de barro humano, contiene y aposenta el alma de un ladronzuelo, de un perdido y ó un genio, según la mueva, la mano de Dios, la del hombre o la del diablo.

NUMEROS PUBLICADOS

POR

La Novela Corta

HASTA EL 9 DE DICIEMBRE DE 1916

1. BENITO PÉREZ GALDÓS. Sor Simona.
2. JOAQUÍN DICENTA. El hijo del odio.
3. ANTONIO DE HOYOS Y VINENT. El caso clínico.
4. PARDO BAZÁN. La aventura de Isidro.
5. CRISTÓBAL DE CASTRO. Pluma al viento.
   LINARES RIVAS. El poder de la ilusión.
6. PEDRO DE RÉPIDE. El camino de los brazos.
7. MANUEL BUENO. El umbral del drama.
8. C. DE BURGOS (Colombine). Villa María.
9. FEDERICO GARCÍA SANCHIZ. El baile.
10. JOAQUÍN DICENTA. Garcés de Marsilla.
11. NOEL. El «allegretto» de la Sinfonía VII.
12. JUAN PÉREZ ZÚÑIGA. El gran bromazo.
13. RAMÓN PÉREZ DE AYALA. Luz de domingo.
14. ZAMACOIS. Los últimos capítulos.
15. VILLAESPESA. El caballero del milagro.
16. CARRERE. Bienaventurados los mansos.
17. DICENTA. Juan José (Número extraordinario).
18. FELIPE TRIGO. El Moralista.
19. DIEGO SAN JOSÉ. La niña de plata.
20. PRUDENCIO IGLESIAS HERMIDA. La última noche del pirata Barbarroja.
21. MANUEL LINARES RIVAS. El sembrador.
22. FRANCISCO VILLAESPESA. El Alcázar de las Perlas (Número extraordinario).

23. AMADO NERVO. El diablo desinteresado.
24. PÍO BAROJA. La dama de Urtubi.
25. JOAQUÍN BELDA. Los nietos de San Ignacio.
26. ANTONIO DE HOYOS Y VINENT. El crimen del Paúno) (Número extraordinario).
27. COLOMBINE. El hombre negro.
28. UNAMUNO. Nada menos que todo un hombre.
29. EDUARDO MARQUINA. La misa azul.
30. VARGAS VILA. El alma de la raza.
31. ALVAREZ QUINTERO. Pepita Reyes. (Número extraordinario).
32. FRANCÉS. El raro amor de Gustavo Pinares.
33. JUAN A. CAVESTANY. El hijo de Bartolo.
34. CARRERE. La leyenda de San Plácido.
35. FELIPE TRIGO. La Altísima. (Número extraordinario).
36. POMPEYO GENER. Intelecto y Belleza.
37. DIEGO SAN JOSÉ. El alma de Torquemada.
38. A. DE HOYOS Y VINENT. El amor de Jaime Estradas.
39. CRISTÓBAL DE CASTRO. El viajero.
40. MARTÍNEZ SIERRA. El ama de la casa. (Número extraordinario).
41. J. LÓPEZ PINILLOS. (Parmeno). Cintas Rojas.
42. PEDRO DE RÉPIDE. La torre sin puertas.
43. FEDERICO OLIVER. El pobre Lucas.
44. JOAQUÍN DICENTA. Los bárbaros. (Número extraordinario).
45. GARCÍA SANCHÍZ. Al oído.
46. PARDO BAZÁN. La última Fada.
47. GÓMEZ CARRILLO. El encanto de Buenos Aires.
48. ALBERTO INSÚA. Los hombres (Mary los descubre). (Número extraordinario).
49. ALBERTO INSÚA. Los hombres (Mary los perdona). (Número extraordinario).
50. PÉREZ ZÚÑIGA. La Tenacilla de Oro.

La Novela Teatral

publicará mañana domingo

LA SOBRINA DEL CURA

POR

CARLOS ARNICHES

Viene Repostería Capellanes

Mendizábal, 34-Arenal, 30-Preciados, 19-Martín de los Heros, 33 y 35-Marqués de Urquijo. 19
San Bernardo, 88-Alarcón,11- Génova, 24. Teléfonos 1953-1937-1957-1905 y 1868.

Café Restaurant

Reina Victoria

San Bernardo, 18

Almuerzos á 2 pesetas y comidas a 2,50 por cubierto. Lista abundantísima.

Mañana domingo, callos a la madrileña

No se olvide

que la caspa es el mayor enemigo del cabello; hay, pues, que destruirla y evitarla, lo que se consigue fácilmente con el agua La Flor de Oro, la que además aviva el crecimiento del cabello y le conserva la suavidad y el color naturales. Se vende en las perfumerías y droguerías.

Oleoretine

Descubrimiento portentoso, lo mejor, lo único, lo ideal para el crecimiento del cabello,

Barquillo, 27 y Serrano, 7.

Trajes modelos

Por un invento del señor Cimarra, sastre practico. Lo hace él mismo.

San Bernardo, 56

Admite géneros. Hechura de a 25 50 pesetas.

AGUA MINERAL NATURAL PURGANTE

PEÑAGALLO

Pida usted la botella de una dosis. **Manantiales en Loeches.**

Propietario: LUIS SANZ - Dirección y Depósito: Montera, 29, bajo - Madrid - Teléf. 1.176

Fábrica de corbatas

CAPELLANES, 12 - MADRID - Casa fundada en 1870

Camisas, guantes, pañuelos, géneros de punto.

Elegancia, surtido, economía.

Precio fijo.

Depilatorio VENUS - En perfumerías y droguerías - Frasco: 5 pesetas.

COMPAÑY

FÓTÓGRAFO

Fuencarral, 29.--MADRID.

GRAN FARMACIA

de la Viuda de G. López.

Plaza de Isabel II, 1, Madrid.

PAPEL DE LA PAPELERA ESPAÑOLA

FLORALIA

ANTES DE COMPRAR cualquier artículo de perfumería, consulte en casa de su proveedor el catálogo ilustrado que acaba de publicar Floralia. En el caso más desfavorable, por igual precio tendrá mejor artículo. De la bondad de los productos que fabrica la PERFUMERÍA FLORALIA da idea el jabón

Creaciones FLORES DEL CAMPO

1685

FLORES DEL CAMPO

Imprenta y Talleres de «La Novela Corta», Antonio Palomino, 1.—Madrid.